

D. Diego de Saavedra

**E**L objeto y fin primordial de esta obra es el de pintar con todo el colorido que nos sea dable, los dramáticos días que sucedieron á la épica conquista realizada por Hernán Cortés, y precedieron é hicieron necesaria la tradicional y maravillosa aparición de Nuestra Señora de Guadalupe.

Creemos hasta hoy haber logrado el comienzo del fin que nos propusimos y echados quedan los cimientos de nuestro plan.

Tenemos por una parte la disimulada pero latente oposición del pueblo conquistado, resistiéndose á la imposición del yugo de los vencedores, y procurando, aunque sin mutuo acuerdo ni unidad de acción, reconquistar su pérdida autonomía.

En segundo lugar y como muy favorable elemento, para el desarrollo de la mal combinada causa indígena, hemos visto y continuaremos viendo y lamentando la

profunda división introducida en los conquistadores por la sórdida avaricia é ilimitada sed de mando.

El último lugar, y no por la elevación de sus miras, que rayaron en un santo y eficaz apostolado, nos queda el elemento religioso que representaban los venerables franciscanos y su santo custodio Fray Martín de Valencia.

Tales fueron los tres agentes que determinaron los sucesos de aquel memorable período histórico.

Al punto que llegamos en nuestra narración esas tres fuerzas se encuentran próximas á producir un choque peligroso.

El éxito que venía coronando los planes de Salazar y de Chirinos, al par que ensoberbecia á éstos, irritaba á sus compatriotas, y más que á todos á los pocos conquistadores que aun permanecían en la capital.

—No es posible,—decían éstos,—consentir que lo que con tanto trabajo hemos ganado en largos días de combate ellos lo pierdan en una hora de mal humor. No trabajó Cortés para tales ganapanes.

El nombre del conquistador era todavía una bandera, é invocado por sus amigos dió origen y sirvió de pretexto de agrupación á un partido contrario á aquel de que eran centro el factor y el veedor.

Pero además de que éstos eran dueños del poder y á consecuencia de serlo, toda la canalla, que no era entonces poca, figuraba en su partido y haciale tanto más fuerte y terrible.

Antes lo he dicho y ahora lo repito: jamás entre la gente honrada hay tanta unión como entre la canalla.

Cuando ésta impera, los buenos se retraen y ocultan, ya por no mezclarse y mancharse con ellos, ya porque

los temen, por lo mismo que ninguna garantía puede esperarse de gente vil y criminal.

De este terror se aprovechan los bandidos para mejor despojar á sus víctimas.

Y cuando ya la copa del sufrimiento rebosa y se hace indispensable acometerlo todo para derrotar al tirano, éste ha tenido tiempo de acumular elementos para la resistencia, y la lucha alcanza terribles y sangrientas proporciones que jamás habría alcanzado si la hidra hubiese sido ahogada en su cuna.

Esto que iba á pasar lo tenía admirablemente previsto el instinto perspicaz de Ixtaolzin.

De esto iba á aprovecharse el astuto indio para sublevar á los naturales contra los españoles.

Pero su plan no estaba del todo bien combinado.

Le faltaba pueblo, verdadero pueblo que le secundase.

El guerrero Tlanoc se lo había hecho notar con entera exactitud.

Bajo el imperio de los Moctezumas la nación había aprendido á ser esclava y á no desear la libertad.

El sitio de México se prolongó gracias al influjo autoritario representado por el valeroso Cuauthemoc.

Este mandaba á sus súbditos defenderse y sus súbditos le obedecían, porque estaban acostumbrados á ser esclavos de la voluntad de sus señores.

Pero cuando el denonado Cuauthemoc juzgó inútil la resistencia y tomó una canoa para retirarse á tierra firme acompañado de su familia y la nobleza, los defensores que habían sobrevivido á tantas calamidades, se echaron á los piés del conquistador pidiéndole gracia y auxilios.

Ninguna de las naciones que aun no habían sido sojuzgadas corrió en defensa de México ni de su perseguidor.

El mismo Cuauhtemoc ordenó á sus súbditos que no prolongasen su resistencia contra los españoles, de igual modo que antes habiales mandado combatir.

La obediencia servil era la suprema ley.

Así pues las fuerzas de Ixtaolzin no estaban en relación con la magnitud de sus propósitos.

Para mayor desgracia suya ni aun podía contar ya con Tezomotli.

Sabemos ya lo que había sido del joven.

Pero aun no lo hemos dicho todo.

Tezomotli había al fin recobrado su salud.

Su convalecencia, que fué larga, la aprovechó Fray Martín para ganar el alma del príncipe.

No le fué difícil.

En primer lugar su palabra era tan elocuente que imposible se hacía resistirse á su persuasión.

En segundo, sabemos bien que el alma de Tezomotli estaba bien lejos de encontrarse firme en la religión de sus antepasados.

Aborrecía sus prácticas crueles y abominables, y estaba al tanto de todas las supercherías de su feroz sacerdocio.

Su alma había adivinado que podía creerse en un Dios más perfecto y posible que los suyos.

Fray Martín le convenció de ello.

Y como sabía quién era Tezomotli, merced á las revelaciones que había hecho durante su delirio, le trató como á príncipe que era.

Tezomotli estimó en todo su justo valor la atención del franciscano.

En una palabra, y por no cansar á nuestros lectores, Tezomotli consintió en dejarse catequizar.

El trato íntimo y constante con los misioneros le hizo admirarlos y amarlos: privilegio es este de la virtud verdadera y práctica.

Llegó un día en que Fray Martín no tuvo necesidad de impedir que Tezomotli se fugara del convento.

El joven permanecía en él por su propia voluntad.

Su mayor goce era el asistir á las ceremonias religiosas del templo de los franciscanos.

Un día en que más impresionado había quedado con las graves pero dulces armonías de los cantos sagrados, tal fué su abstracción que llegó á quedarse enteramente solo en la iglesia.

Cuanto tiempo permaneció así, ni él mismo llegó nunca á saberlo, pero lo que sí no pudo olvidar fué el supremo goce que experimentó al volver en sí.

Una mujer blanca y hermosa, tan hermosa y blanca como los ángeles que Fray Martín le había descrito, estaba á corta distancia de él.

Prostrada ante el altar, regábase con sus preciosas lágrimas, y suspiros y lamentos de inconmensurable pena brotaban de sus labios.

Tezomotli se sintió atraído hácia ella y, sencillo é inocente, quiso saber de ella la causa de su aflicción.

La habló con palabras dulces y con tan bellas y nuevas imágenes, propias del lenguaje de la clase indígena elevada, que aunque la joven no satisfizo su curiosidad, al retirarse le mostró su gratitud con una mirada tal de reconocimiento que Tezomotli se sintió morir de ignorada felicidad.

Algún tiempo después Tezomotli supo que amaba por primera vez en su vida.

Más tarde supo que era correspondido.

A la vez se enteró de la causa que tenía la joven para mostrarse tan aflijida.

Su padre D. Diego de Saavedra había tenido una tormentosa juventud en Toledo, su patria.

De aquellas tormentas era hija, y su solo rayo de luz, D.<sup>a</sup> Beatriz de Saavedra.

Por su mal D. Diego había llevado en otros tiempos estrecha y continuada amistad con Gonzalo de Salazar, el mismo que como factor del tribunal de cuentas hallábase en México.

Salazar había conocido á D.<sup>a</sup> Beatriz y concebido por ella una loca pasión.

D.<sup>a</sup> Beatriz, no sólo no le correspondió, sino que le cobró aborrecimiento, porque Salazar era el pérfido consejero y camarada de las locuras de su padre.

D. Diego tendría en aquel tiempo unos treinta y cinco años, pero encenagado en el vicio, disfrutaba de él como joven de veinte.

Dueño de una gran fortuna y de un título de nobleza derrochaba aquélla y hacía á ésta poco ó ningún honor. Su menor defecto era su pasión por el juego.

Halagado unas veces por la suerte y otras abandonado por ella, pérdidas y ganancias se compensaron durante mucho tiempo.

Pero al fin hubo de sucederle lo que á tantos que toman el juego como profesión.

Perdió casi toda su fortuna.

Quiso rehacerla y Salazar le facilitó cuanto poseía para que intentase conseguirla.

D. Diego perdió también las cantidades que Salazar le prestó.

Uno y otro se vieron en la miseria, pero más todavía Salazar, porque la esposa de D. Diego poseía un medio capital en propiedades que rentaban lo indispensable para que Beatriz y su desventurada madre hubiesen vivido el largo tiempo que D. Diego las había tenido abandonadas.

Salazar creyó entonces llegado el momento de vencer el desamor de Beatriz y hacerla su esposa.

Seguro de lograrlo manifestó á D. Diego que le perdonaría su deuda si le otorgaba la mano de su hija para esposa.

D. Diego, sin consultar siquiera la voluntad de Beatriz, aceptó el trato que Salazar le propuso, comprometiéndose como en aquella época lo hacían los caballeros, á cumplir su palabra.

Pero ni Beatriz ni su madre quisieron someterse á la voluntad del mal esposo y mal padre.

Salazar, merced á los documentos que había obligado á firmar á D. Diego, hizole reducir á prisión.

Hallándose en ella el infeliz D. Diego, su esposa falleció al peso de sus pesares y Beatriz se vió huérfana y en abandono.

Salazar cayó entonces sobre su víctima, y tales fueron las asechanzas que le tendió, que para salvar su honor D.<sup>a</sup> Beatriz se obligó á ser su esposa si en el término de dos años su padre no había satisfecho la cantidad que le adeudaba.

En virtud de este arreglo D. Diego recobró su libertad y volvió al lado de su hija.

La explicación que medió entre uno y otra fué de lo más conmovedor imaginable.

Dios tocó el corazón de D. Diego y su regeneración fué completa.

Un día Salazar se presentó al padre y á la hija, y despidiéndose de ellos para pasar á América, recordó á doña Beatriz su promesa y convenio.

La joven renovó una y otro.

Salazar quiso insistir en que aquella violenta situación cesase, condescendiendo desde luego la joven ser su esposa.

D.<sup>a</sup> Beatriz le contestó con entereza que su aborrecimiento crecía más y más cada vez, y que por lo tanto sólo por salvar á su padre podría un día ser su esposa.

Salazar se retiró lamentando la decisión de la joven y asegurándole que le dolía su propia conducta, pero que no podía usar de otra, puesto que la amaba con todo su corazón, y no le quedaba otro recurso para ver lograda su felicidad.

Como si la Providencia hubiese querido castigar los crímenes de D. Diego, éste no pudo conseguir rehacer su fortuna, resultándole ineficaces cuantos medios empleó para ello.

Al cumplirse el primer año, Salazar escribió á D.<sup>a</sup> Beatriz avisándole y recordándole su promesa.

En su desesperación D. Diego quiso quitarse tan amarga vida, pero D.<sup>a</sup> Beatriz, que le amaba con el más acendrado cariño, le reprochó su intento y le dijo que ni con semejante crimen la haría menos infeliz, pues estaba dispuesta, por honor de su apellido, á dar su mano á Salazar, si no se le satisfacía su deuda, aun cuando fuese por fallecimiento de D. Diego.

Este recibió de Salazar una carta invitándole á pasar á Nueva España, ofreciéndose á ayudarle á ganar con que pagar su deuda, y asegurándole que su intención al pro-

ponerle tal cosa no era otra que la de ver por este medio si conseguía captarse el cariño de D.<sup>a</sup> Beatriz.

D. Diego, por consejo de su hija, aceptó y se trasladó á las Indias.

En México encontró todo preparado para su alojamiento por el mismo Salazar, quien salió á recibir á sus huéspedes.

Esto no obstante D.<sup>a</sup> Beatriz se mantuvo inflexible en no corresponder ni en lo más mínimo á las esperanzas del entonces poderoso factor.

Salazar, más enamorado cada vez, se portó en un principio como buen caballero y favoreció á D. Diego hasta el punto de que su deuda quedó casi saldada.

Pero al fin sucedió lo que tan fácilmente suele acontecer en violentas situaciones amorosas.

Al ver que por ningún medio lograba vencer de grado el desamor de la joven, su amor propio se irritó, y perdiéndole todo cariño se propuso satisfacer su capricho á costa de cualquier violencia.

Una nueva entrevista habida con D.<sup>a</sup> Beatriz, y una negativa más de su parte, acabaron de decidirle.

En virtud de esta decisión exigió á D. Diego los intereses de las cantidades que le había facilitado, elevándolos á una cifra enorme, y dándole un brevísimo plazo para el pago.

Todo le fué fácil á Salazar, prevalido del onmímodo poder de que con malas artes él y Chirinos gozaban.

Y no sólo retiró á D. Diego su protección, sino que empleando mil bajos y arteros oficios dió en perseguirle y molestarle de tal modo, que de nuevo le sumió en la miseria y le puso al borde del sepulcro por razón de los disgustos que hubo de proporcionarle.

En aquellos momentos fué cuando Tezomotli conoció á D.<sup>a</sup> Beatriz.

En este breve resumen de la historia de D. Diego no deben, por el momento, figurar los medios de que Tezomotli se valió para enterarse de lo que pasaba y entrar en relación con D. Diego y su hija.

Lo que importa saber es que Tezomotli les ofreció poner en sus manos cuanto oro pudiesen necesitar para satisfacer su deuda.

Lo que para ello hizo, lo saben nuestros lectores desde el primer capítulo de esta historia.

Recurrió á Ixtaolzín y le exigió una parte de los tesoros que el sacerdote ocultaba en la gruta del Tepeyac.

Pero seguardó bien de decirle toda la verdad y no sólo le ocultó los nombres de Salazar, de su amada y de don Diego, sino que supuso otro parentesco entre los dos últimos.

Dijole, como se recordará, que eran tío y sobrina.

Esta precaución no era inútil y tendía á desorientar á Ixtaolzín, la fuerza de cuyos rencores no le era desconocida.

Sabemos también que la última noche que se vieron en el Tepeyac, el sacerdote, cuando Tezomotli se hubo alejado, le hizo seguir, á distancia, por dos indios á quienes ordenó que en el término de dos días se apoderasen de la amada del príncipe y se la llevaran viva.

Tal es la situación en que volvemos á encontrarnos con el noble y generoso hijo del rey Cuitlahuatzin.

## Capítulo X

## El espía José

**A**sí es el mundo y así la vida del hombre en sociedad.

Viajero durante todo el periodo de su existencia, no sabe hoy dónde parará mañana, ni durante qué parte del camino le acompañarán las personas queridas de su corazón.

De cuantos individuos ve diariamente y con él se rozan en la calle y le son desconocidos, no sabe cuál de ellos se atravesará un día en su camino para contribuir á su dicha ó causar su desventura.

A éste conocéis hoy y le tratáis más ó menos días, y de pronto la fuerza de su sino le aparta de vosotros, no volvéis á verle y á poco le olvidáis cual si nunca le hubierais conocido.

Anda el tiempo, y la casualidad trae á vuestra noticia pormenores de una historia en la que quizás intervinisteis, de la que quizá no os acordáis.

Esa misma fuerza del destino arrastra otras veces lejos

de vosotros personas y sucesos que os interesan, cortando de una vez y con un solo golpe el hilo que os unía á ellos, y cuantas indagaciones hacéis resultan ineficaces é inútiles para satisfacer vuestra curiosidad.

Por eso en esta obra, que encomendamos á la bondad de sus lectores, á ninguna de sus figuras seguimos con esa íntima relación que entre sí tienen el cuerpo y su sombra, y siguiendo un plan realista en la buena aceptación de la palabra, nos dejamos ir por donde la marcha racional de las cosas nos lleva y tomamos y dejamos los personajes como los deja y toma un tren en movimiento.

Pero así como él recorre un camino fijo, una ruta de la cual no puede separarse, así nosotros vamos y volvemos por el mismo campo de acción y volvemos á hallar nuestros personajes cuando ellos se ponen de nuevo sobre nuestra vía.

Sólo Dios es en todas partes y en todo momento.

En nuestro libro lo está del mismo modo, y por eso vemos como los sucesos nos van llevando al supremo instante en que estimó justo é indispensable demostrar por medio de un milagro sin semejante, que también el Nuevo Mundo tenía derecho á su amor y protección.

Pero volvamos á Tezomotli.

Ninguno más dichoso que él siempre que se encontraba cerca de su amada.

Cuán bella pareciale aquella hermosa española cuyos pesares habían hecho más densa la transparente blancura de su cutis, suavemente sonrosado; cuyos grandes ojos negros, rasgados y expresivos, daban á su semblante correcto y ovalado, una apariencia fantástica, seductora y espiritual.

Quien como él se hubiese, al menos una vez, encon-

trado sometido á la magnética influencia de sus miradas ¿podría haber hecho menos que rendirle el tributo entero de una pasión incondicional?

Esto fué lo que gusto y arrebatado hizo Tezomotli.

Nunca habia amado y aunque hubiéralo hecho alguna vez, jamás habría podido adivinar las delicias de un amor nacido bajo la influencia cristiana.

Hijo de un noble y opulento señor azteca, aunque Tezomotli conservaba todos los rasgos característicos de su raza, era un hombre verdaderamente hermoso.

Al bautizarse habia tomado el nombre de su amigo el venerable custodio de los franciscanos, conservando el suyo de apellido.

A la vez tomó el traje de los conquistadores, que le sentaba perfectamente.

Unido todo esto al interés que por salvar á D. Diego habíase tomado, y á la importancia del servicio que habíale prestado, D. Beatriz no pudo por menos de sentir en un principio una poderosa atracción y de amar al fin al noble príncipe.

Para complemento de la trascendental y absoluta transformación del joven, el poderoso Rodrigo de Paz, amigo de D. Diego, le cobró grande cariño y le tomó bajo su protección, y quiso hacerle el honor de ser su padrino en el acto de su conversión á la religión cristiana.

Tezomotli ó D. Martín, según de ordinario le llamaremos en lo de adelante, con gusto y afición se dedicó á aprender los usos, costumbres y modales de los españoles, ansioso de acercarse más y más por este medio á la clase á que su amada pertenecía.

Por haberlo así exigido Tezomotli, y además porque en hacerlo estaba interesada la seguridad de todos,

D. Diego á nadie dió á entender de dónde procedían ni cuál era el origen de las cantidades que periódicamente entregaba á Salazar en pago de su deuda é intereses.

D. Martín Tezomotli, cuando iba al Tepeyac á ver á Ixtaolzín y pedirle oro, dejaba su traje español y vestía el de los indígenas.

Gracias á esto, los dos servidores despachados por el sacerdote de Toci en su seguimiento, no pudieron cumplir su comisión.

Tezomotli entró en San Francisco, donde fray Martín le alojaba, y no volvió á salir de su recinto aquella noche.

Pero al siguiente día averiguaron la mayor parte de lo que dejamos referido y corrieron á noticiárselo al sacerdote.

Este, que ya quería mal á Tezomotli, se propuso castigarle, y con tal fin meditó y combinó su plan que, como todos los suyos, habia de señalarse por lo cruel y tenebroso.

La casualidad hizo que el que habia de servir para destruir á Tezomotli entrase de un modo natural en el que tenia trazado para fomentar la división de los españoles y debilitarlos hasta el punto de hacer fácil y posible su soñada reconquista.

Ixtaolzín veía que Salazar y Chirinos eran aborrecidos por sus compatriotas honrados, y que si ellos y su círculo de bribones se mantenían influyentes y preponderantes; era tan sólo debido á su unión y amistad con Rodrigo de Paz, quien era considerado como la persona misma de su pariente y poderdante Hernán Cortés.

Era, pues, indispensable, que Rodrigo de Paz dejase de ser lo que era.

¿Pero quién podría intentarlo?

Tan sólo los mismos Salazar y Chirinos, acostumbrados á no respetar á nada ni á nadie.

¿Pero cómo lograrlo?

¿Consentirían los atrabiliarios factor y veedor en privarse del apoyo de Rodrigo de Paz?

¿Qué pretexto sería necesario para decidirlos á ello?

Este pretexto fué el que Ixtaolzín se dedicó á buscar y, como todo lo que él buscaba, al fin vino á hallarlo.

De tiempo muy atrás se hallaba en constante relación y relativa intimidad, tanto con Salazar como con Chirinos, que ignorantes de su nombre, de su clase y de su historia, teníanle como un espía enemigo de los mexicanos.

El factor y el veedor, como la mayoría de los españoles de aquel tiempo, sólo daban importancia, á la raza mexicana que tan bravamente habían combatido contra ellos, y consideraban á todas las demás como inofensivas, ya por desdén, ya porque las juzgaban sus buenas amigas.

Ixtaolzín se hizo pasar como tlaxcalteca, que eran entonces los principales y más temibles delatores de los mexicanos, y se puso, como ya dije, al servicio de Salazar y de Chirinos.

Estos le llamaban *José* y por este nombre les respondía el sacerdote de la madre de los dioses.

Se presentó, pues, á ellos cierto día, y recibido prontamente en su despacho tuvo la satisfacción de que le acogiesen como siempre, con una benévola sonrisa y la ordinaria pregunta siguiente:

—¿Qué trae el buen José?

—Poca cosa,—contestó el sacerdote,—una historia de amores.

—Un cuento con su doble sentido correspondiente ¿no es verdad? Me hace gracia el estilo figurado y preñado de imágenes de los hombres de tu raza,—observó Peralmindez.

Ixtaolzín contestó:

—En efecto, es un cuento de los que tú dices, Chirinos, pero yo te aseguro que si á tí llega á hacerte alguna gracia, no le sucederá otro tanto á tu camarada Salazar.

—¿Qué quieres decir,—preguntó con cierta seriedad el factor.

—Que lo que sin duda tú no esperabas, es que un pobre y miserable indio mexicano fuera capaz de burlarse de tí quitándote á tu novia.

Amostazado Salazar con la burlona sonrisa con que el fingido José acompañó las palabras anteriores, repuso con manifiesto encono:

—Vé bien qué especie de burlas empleas, porque pudiera suceder que no estuviese de humor de sufrirtelas: ¿no te olvidas de quién soy ni de quién eres!

Ni se inmutó Ixtaolzín ni dejó de sonreír, y sólo se conoció el efecto que pudieron haberle hecho las amenazas de Salazar en que su sonrisa se hizo manifiestamente desdeñosa.

—No te enfades por tan poco, Salazar, y guarda, yo te lo aconsejo, tu odio para quien te hace la burla, no para quien te la refiere con ánimo de que la evites ó castigues.

—Tiene razón José,—observó Chirinos:—te hace un servicio y no es bien que con él te enojas.

—Es verdad, pero todo duele más ó menos según de aquel de quien procede: estos canallas...

Ixtaolzín se irguió ofendido con el calificativo cuy

sentido no ignoraba, y amenazante y fiero como un león repuso:

—Yo á mi vez te exijo que medites bien lo que dices, porque si á ofenderme vuelves, antes de que los tuyos puedan tocarme á un cabello, te mataré como á una víbora, poniéndote el pié encima de la cabeza.

—¡José!—gritó Salazar yendo á tomar una espada.

—¡Tente!—gritó á su vez Peralmindez á tiempo que Ixtaolzín, armado de dos especies de agudas puas de obsidiana, se preparaba á la defensa diciendo:

—El más leve arañazo que te haga con cualquiera de estas dos agujas envenenadas, bastaría para que murieses antes que yo, aun cuando tu espada me hubiera atravesado la garganta.

Salazar no pudo reprimir un estremecimiento de terror, y serenándose dijo:

—Con tan miserables armas, inútiles serían las que mi valor pudiera esgrimir: cedo á la creencia que tengo de que tu amenaza es cierta. Habla, pues.

—Me alegro que eso determines, no porque tenga miedo á la muerte que pudieras darme, sino porque sentiría matarte, cuando soy y deseo seguir siendo tu amigo.

Dicho esto, el sacerdote volvió á guardar las temibles puas susodichas, y con el tono más amigable concebible exclamó:

—Escucha, Salazar, porque te importa.

#### Capítulo XI

#### Noticias exactas

**G**ONZALO de Salazar se dispuso á prestar á Ixtaolzín toda la atención que éste le exigió.

—Soy amigo vuestro,—dijo á Gonzalo y Peralmindez;—no podéis dudarlo, pues siempre os he servido bien y sin interés de ninguna especie.

Al hacerlo así, satisfago una venganza y tomo una reparación que me deben los mexicanos, enemigos míos.

Dichas venganzas y reparación envuelven un secreto, que no os importa conocer, ni yo os revelaría jamás.

Tomad, pues, lo que os doy, pues nada os cuesta, y seguid sirviéndoos de mí, como yo me sirvo de vosotros.

Rodrigo de Paz está cansado de vuestros atentados y atropellos.

Si no le ganáis por la mano pronto atraerá sobre vosotros una tempestad que os será fatal.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Salazar colérico é impaciente.

—Me consta que ayer ha tenido una larga conferencia con los padres franciscanos.

—¿Con nuestros más temibles enemigos?

—Justamente, con los que el día que lo quieran podrán levantar á los indios contra vosotros auxiliados por los amigos de Cortés á quienes al presente vejáis y oprimis.

—Es indispensable poner un pronto remedio. Pero ¿cuál?—observó y preguntó Peralmíndez.

—Yo lo tengo—contestó Ixtaolzín.

—¿Entrar en convenios con esa gente, enemiga jurada nuestra?

—Nunca menos que hoy. El imperio que ejercéis, el partido que os rodea, os aseguran la posesión de ese dominio. Os basta concluir con el único hombre que puede seros temible.

—¿Rodrigo de Paz?

—El mismo.

—Si tratásemos de matarle, la ciudad entera vendría sobre nosotros.

—No le matéis entonces.

—¿Qué otra cosa podríamos hacer contra él?

—Privarle de las más peligrosas armas que esgrimir puede.

—¿Cuáles son ellas?

—Las riquezas de Cortés.

A esto observó Salazar con marcado disgusto y desencanto.

—Es imposible tocar á ellas sin causa legítima, al menos en apariencia.

—Lo sé, y porque esa causa existe á ella me refiero.

—Dudo que exista, pero tú dirás.

—Hernán Cortés y sus principales capitanes han perecido en las Hibueras:—dijo solemnemente Ixtaolzín.

—Esos rumores carecen en lo absoluto de fundamento,—observó Peralmíndez no menos desencantado que Salazar.

—Quizás os equivocáis,—dijo Ixtaolzín:—desde hace algunos días circula con insistencia esa noticia que nadie hasta hoy ha podido con pruebas ni desmentir ni afirmar.

—Y de ello ¿qué bien puede venirnos?

—El de facilitaros á vosotros hacerla pasar por cierta.

—¿De qué modo?

—Por medio de una carta supuesta.

—Bien pudiéramos hacer eso ¿pero quién nos dice que de ello no resulte nuestra perdición?

—Yo os lo digo.

—¿Fundado en qué?

—En lo que yo haría en vuestro lugar.

—¿Qué harías?

—Asegurarme de la adhesión de mis amigos interesados en mi plan su codicia y provecho. Muerto Cortés y todos sus capitanes y soldados, los repartimientos que á ellos pertenecen quedarían vacantes y podríais darlos á vuestros amigos: ¿cuál de éstos dejará en tal caso de apoyaros y defenderos puesto que al hacerlo defenderán su propia conveniencia?

—Es verdad, pero Rodrigo de Paz es un enemigo terrible.

—Sólo lo es mientras tenga en sus manos el oro del conquistador.

—¿Y con qué pretexto podríamos privarle de él?

—Yo le tengo,—exclamó Peralmíndez que hasta entonces había guardado silencio siguiendo en todos sus detalles el diálogo sostenido por Salazar y el sacerdote.

—Díle.

—Si Hernán Cortés hubiese muerto, obligación nuestra sería hacer el inventario de sus bienes, diligencia que siempre se ha practicado con cuantos manejan intereses públicos.

—Bien está,—contestó Salazar, todo eso puede hacerse pero es antes preciso meditarlo: lo meditemos y hoy por hoy quédense las cosas como están. Hasta hoy Rodrigo de Paz ha sido y es un buen amigo nuestro, y sin causa bastante yo no he de serle enemigo y menos traidor.

—¿Y si esa causa existiese?—se aventuró á decir Ixtaolzin.

—Entonces...

—Pues hé aquí como entra en su lugar el cuento que os tenía prometido y cuyo simple anuncio tan mal hubo de sentarte.

—Habla, pues.

—¿Escierto que tú amas á una D.<sup>a</sup> Beatriz de Saavedra?

—¿Quién te lo ha dicho!—exclamó irritado Salazar.

—¿Es ó no cierto?

—No lo es—contestó con disgusto el interpelado.

—En ese caso me han engañado vilmente—dijo el sacerdote con marcada intención,—y no te interesa cosa alguna saber que esa española mantiene relaciones íntimas con un noble indio á quien protegen Rodrigo de Paz y fray Martín de Valencia.

—En efecto no me importa,—contestó Salazar con un

tono tal de despecho que la alteración de su voz traicionaba á sus palabras.

—Pues, vé tú, como la maledicencia todo lo tergiversa y cambia,—repuso Ixtaolzin con fingida indiferencia.—A creer lo que por ahí se dice, todo lo has intentado tú para vencer el aborrecimiento y casi desprecio con que esa joven te vé, y se cuenta que en tu despecho has abusado como un villano de una deuda de juego que contigo contrajo el padre de D.<sup>a</sup> Beatriz. Añaden que por cuantos medios han estado á tu alcance has procurado perjudicarle en sus intereses, para que no pudiera satisfacer tu deuda, porque sólo en este caso D.<sup>a</sup> Beatriz estará obligada á darte su mano. Pero tu plan, según cuentan, ha resultado ineficaz porque sin tú poder explicártelo, casi estás pagado hasta de los últimos intereses.

—Pues bien, si es cierto,—dijo Salazar cuyos ojos lanzaban relámpagos de ira:—todo lo sabes;—pero ¿sabes también de dónde ha salido el dinero que le ha sido facilitado á Saavedra?

—Lo sé.

—¿De dónde ha salido?

—De las arcas de Rodrigo de Paz.

—¡Imposible! conozco demasiado á Paz para creer que sin haberle yo dado motivo para ello me contraríe en lo que más contrariarme puede, sin detenerse en gastos que ascienden á más de seis mil pesos en oro.

—Salazar, haces mal en dudar de mí: te sirvo bien y nunca me habria expuesto á tu enojo sin buenos informes y sin la seguridad de que te serian útiles.

—¡Pruébalo!

—A ello voy,—contestó Ixtaolzin;—pero, respóndeme:

¿Hace quince días que recibiste el último abono de intereses?

—Los hace.

—¿No consistió dicho abono en un tejo de oro?

—Sí, consistió.

—¿No tenía ese tejo por marca la diadema imperial de un rey azteca?

—Sí, la tenía.

Peralmíndez que había seguido sin pestañar el anterior interrogatorio, no pudo reprimirse y con los ojos inflamados por la codicia tomó parte en el diálogo diciendo:

—¿Luego es cierto que Hernán Cortés está en posesión del tesoro de Moctezuma y que Rodrigo es su depositario?

—Lo es,—contestó victorioso el sacerdote.

—¿Luego, apoderándonos de Rodrigo?...

—Os habréis apoderado del tesoro de Moctezuma.

—¿Cómo lo sabes?

—Eso no os interesa ni yo os lo diré; pero no podéis poner en duda la verdad de lo que os digo, puesto que, como Salazar habrá notado, ese tejo no lleva la marca que atestigüe que ha pagado el quinto real.

—Cierto es todo—contestó Salazar.

—Pero, ¿cómo Rodrigo se ha expuesto tan torpemente á descubrirse?

—No ha hecho tal,—observó el sacerdote:—no ha sido él sino nosotros quien ha descubierto su torpeza. Rodrigo ningún riesgo corría en hacer lo que ha hecho: no es él quien directamente facilita á Saaavedra las sumas con que te paga: ese oro ha pasado por una tercera mano; la del noble indio enamorado y correspondido por la mujer que á tí te desprecia.

—¿Su nombre! ¿cuál es su nombre?—preguntó el celoso factor.

—Nada adelantarias con saberlo, porque nada puedes contra él: el custodio de los franciscanos le protege y aloja en su convento.

—¿Con qué fin?

—Con el de tenerle dispuesto á ponerle al frente de los indios que en determinado momento se levantarán contra vosotros; para reconquistar su patria y destruir vuestra dominación.

—¿Luego es un hecho que los franciscanos conspiran?

—Lo es.

—¿Ay de ellos si tu delación se confirma!

—No lo dudes: su influencia crece por momentos; Rodrigo de Paz lo sabe y por eso se prepara á abandonaros y á unirse á los franciscanos.

—¿Ah!—exclamó Salazar:—pronto sabremos á qué atenernos. En su calidad de custodio y delegado de la Santa Sede, fray Martín de Valencia tenía dispuesto prender á Rodrigo de Paz por mal cristiano. El mismo Paz me lo ha dicho, y con objeto de interceder por él y evitar que el franciscano promueva un escándalo, tengo citado aquí mismo á fray Martín y no tardará en llegar.

—En ese caso me retiro,—dijo Ixtaolzín y sin esperar respuesta salió de la habitación.

Salazar y Peralmíndez tan preocupados estaban que casi no notaron la rápida salida del sacerdote.

Pocos momentos después fray Martín de Valencia se hizo anunciar y entró en el despacho de los gobernadores, diciendo:

—Sé por qué me habéis llamado y con gusto vengo á

deciros que ya no tienen razón de ser mis quejas contra Rodrigo de Paz: en ella está con la Santa Iglesia Católica pues hoy se ha confesado conmigo y le he absuelto.

Salazar y Peralmindez se miraron asombrados de la exactitud de las noticias que habiales dado Ixtaolzin.

## LIBRO V

## EL TRIUNFO DE SALAZAR